



CAUCE

SEMANA DEL 23 AL 29 DE JULIO DE 1985

AÑO
2
Nº 32
\$ 180
Recargo
Aéreo
\$ 10

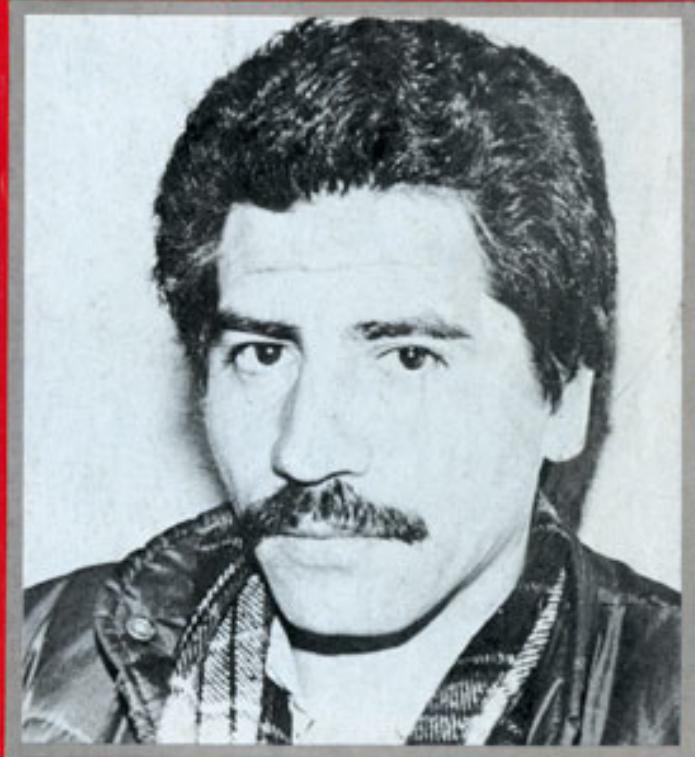
Ex cabo de la FACH y agente de CNI confiesa:

"YO TORTURÉ"

Pavoroso testimonio
de funcionario de los
Servicios de Seguridad.



SEPARATA ESPECIAL,
en esta edición, con
el texto completo de
las revelaciones hechas
a CAUCE por
Andrés Valenzuela.



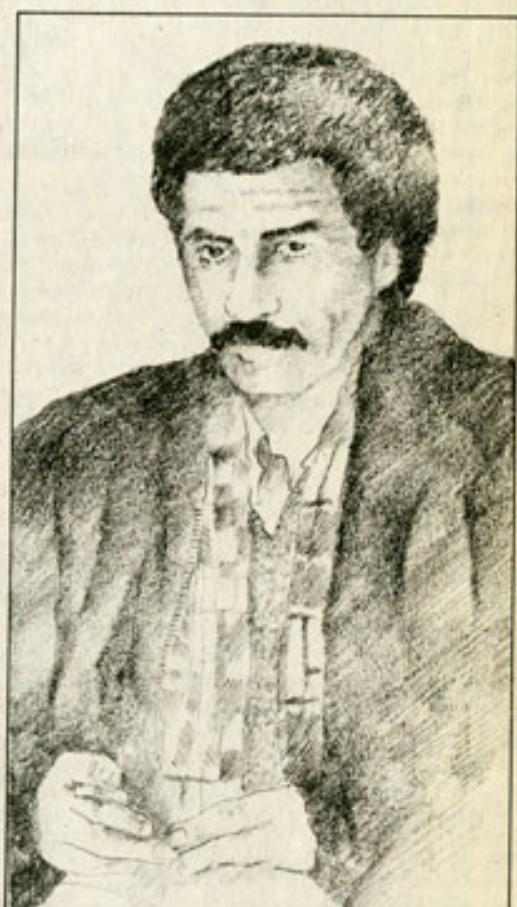
**GENERAL LEIGH: "ME CONSTA QUE
MANEJARON LOS PLEBISCITOS"
EN EE.UU. TAMBIEN PREGUNTAN
¿CUANDO SE VA ?**

Revista Cauce, 23 al 29 de julio de 1985: "Yo torturé", noticia de portada. Con este titular la revista Cauce publica la entrevista al desertor de los servicios de inteligencia de la Fach Andrés Valenzuela. La entrevista apareció siete meses después de que fuera publicada en un diario de Venezuela y cuando Papudo había sido sacado del país por la Vicaría de la Solidaridad.

|| YO TORTURÉ ||

Ex cabo, actual desertor de la Fuerza Aérea, reveló hasta sus más íntimos detalles la forma en que actuó durante el tiempo que estuvo trabajando para los sistemas de seguridad de la dictadura.

Andrés Antonio Valenzuela Morales, cuyo paradero se ignora, conoció de cerca y puso en práctica los métodos usados para detener, torturar y lograr que algunos, con su resistencia aniquilada, se convirtieran en soplones. Otros detenidos, según el relato de Valenzuela, fueron exterminados.



Esta es la historia de un hombre que se cansó de torturar y dar muerte a prisioneros indefensos. Un día cualquiera, el año pasado, decidió hablar y, para ello, eligió Cauce. La reportera Mónica González lo entrevistó largamente. Escribió la crónica y, cuando la nota estaba lista para ser publicada, la dictadura implantó el Estado de Sitio y silenció nuestra revista y otros medios disidentes. Entretanto el Director de Cauce de la época, Edwin Harrington y Mónica González se entrevistaron con el presidente de la Corte Suprema, Rafael Retamal, en relación a este caso.

Las revelaciones del ex cabo de la FACH, sin embargo, mantienen plena vigencia política y periodística. Por esa razón la entregamos a nuestros lectores.



En algún lugar de Europa, un hombre de 28 años de edad, de aspecto corriente, debe estar en estos momentos tratando de adaptarse a una nueva vida: identidad distinta, idioma para él ignorado, un medio donde no conoce a nadie ni nadie tiene una idea siquiera aproximada de su verdadera personalidad, sin posibilidad alguna de regresar a su país o de volver a ver a su esposa y a sus tres hijos.

Este cambio trascendental en su existencia se produjo por voluntad propia. El tomó la decisión de adoptar una nueva identidad y rehacer su vida en procura de olvidar lo que fue hasta antes de salir de Chile: un miembro del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile.

Es otro subproducto trágico de once años de dictadura. Hace diez años llegó al Servicio Militar en el Regimiento de Artillería Antiaérea de Colina (base cercana a Santiago) y allí fue seleccionado para ser trasladado a la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea de Chile. "Parece que a mí los jefes me consideraron 'vivaracho' y por eso creen que me sacaron para trabajar en los grupos de 'reacción'" (acompañantes de los comandos de allanamientos), comenta con una mezcla de orgullo y frustración.

Un día no soportó más y decidió desertar. Pero nadie abandona el servicio por propia voluntad.

2

Optó entonces por una vía inédita, atípica: entregarse a Cauce.

Llegó a la redacción arrugando en sus poderosas manos un ejemplar del semanario para hablar con la reportera Mónica González, que acababa de denunciar cómo los servicios de seguridad suelen exterminar a quienes saben demasiado y caen en desgracia.

"Quiero hablar de detenidos-desaparecidos", musitó con un hilo de voz. Ofrecía un trato: contar todo lo que sabía a cambio de la posibilidad de salir del país indemne para viajar hasta algún lugar lejano, junto a su mujer y a sus hijos. La esposa determinó no acompañarlo y a partir de ese momento sonó una sorda alerta roja en todos los servicios de seguridad. La orden era localizarlo.

De las vicisitudes que se vivieron para sacarlo de Chile y el lugar donde hoy se encuentra, nada puede decirse. Irónicamente, sólo podría comentarse que es un liberado-desaparecido.

Lo que conocerán a continuación, con breves comentarios intercalados para mejor entendimiento de aquellos lectores que desconocen las circunstancias en que se desarrolla la vida en el Chile bajo el orden autoritario del general Augusto Pinochet, es una transcripción de los aspectos más substantivos de la entrevista —documento estremecedor— realizada a quien fuera hasta hace poco Andrés Antonio Valen-

"Iban comandos, con corvo, y antes de tirarlos al mar les abrían el estómago para que no flotaran".

zuela Morales, tarjeta de identificación militar número 66.650 de la Fuerza Aérea de Chile, válida hasta el 3 de septiembre de 1986.

Tras horas de arduo interrogatorio, agobiado ya por la rememoración penosa de tantos actos brutales de los cuales fue testigo y protagonista, el cabo Valenzuela, único uniformado que ha desertado hasta ahora del infierno, susurró: "Sin querer queriendo, me fui transformando..."

PREPARACION

—Quiero hablarle sobre cosas que yo hice, desaparecimiento de personas...

—¿Recuerda nombres?

—Sí. Los hermanos Leibel Navarrete por ejemplo.

—Explíquese, Ud., está muy nervioso y la carga emocional que ambos tenemos es grande. No será fácil este trabajo, pero es necesario que explique con detalle. Grabaremos todo y después veremos lo que se publica. ¿Está de acuerdo?

—Me da lo mismo.

—Yo no quiero que a la salida lo maten...

—Va a suceder, pero al menos hablé.

—¿Quién lo seleccionó?

—Un instructor cuyo nombre no recuerdo. Pero él no tiene nada que ver porque la selección fue al azar no más. Fuimos alrededor de sesenta los seleccionados. Nos dividieron en dos grupos. La mitad se fue a tra-

jar a la Academia de Guerra, el resto trabajamos directamente con prisioneros.

—¿En qué lugar?

—En los subterráneos de la Academia de Guerra.

—¿Ud. venía de Papudo?

—Sí. De ahí llegué a Colina y luego pasamos a depender de la Fiscalía de Aviación. Nosotros pasamos a los subterráneos, en el lugar donde estaban los detenidos. Era la primera vez que veía un prisionero. Creo que no lo voy a olvidar nunca.

—¿Por qué?

—Nos formaron y nos dijeron que lo que íbamos a ver teníamos que procurar olvidarlo y el que hablaba algo... Empiezan las amenazas y uno que es muy joven se inquieta. Descendimos al sector de la cocina. Bajamos una escalera de caracol, que era como un vértice, había tubos. Me dio la impresión de ir como en un submarino, un barco. Cuando salimos, pasamos cerca de unos baños. Eramos seis o siete hombres que íbamos a relevar a los reservistas, los primeros conscriptos. Los otros eran sólo reservistas, gente que habían llamado a cumplir ese trabajo. Recuerdo que al doblar... lo primero que vi fue mucha gente de pie, con esposas, algunos con uniformes de la Fuerza Aérea. El capitán Ferrada estaba entre ellos, ese fue el primer impacto. Uno viene de un regimiento donde tiene que saludar a medio mundo. Todavía recuerdo que se

rieron cuando le pregunté al oficial cómo me dirigía a los que estaban en el lugar, si los llamaba capitán. El oficial me dijo: "¡No huevón, son prisioneros! Están con uniformes porque no tienen otra ropa".

—Lo que más me llamó la atención fue ver a unas mujeres detenidas. Estaban paradas con unos letreros que decían: "De pie 24 horas" y firmaba el Inspector Cabezas. Después supe que Cabezas era el coronel Edgar Ceballos, en servicio activo todavía. Yo no entendía nada hasta que el oficial me explicó que había que sentarse en la puerta de las piezas, con fusil y protegerlos, es decir, impedir que conversaran. Había un reglamento interno que hacer respetar. La primera habitación que me correspondió a mí fue la número dos, en silla había una señora de edad y Carol Flores, quien pasó luego a ser nuestro informante.

—¿Recuerda otros nombres?

—Se suponía que había prisioneros de cierta importancia y que podrían ir a rescatarlos, por eso las medidas de seguridad eran muy severas. Los reservistas pasaban por el lado de un prisionero y le decían: "A ver, huevón, párate, te quedas de pie". Mandaban a sus presos como se les daba la gana. Yo comencé a preguntar por los prisioneros y decían: "Mira, con este hay que tener cuidado porque es karateca. Ese es Víctor Toro". A mí

me impresionó mucho, lo había conocido por los diarios, era famoso, era como estar frente a una persona importante. También conocí allí a Arturo Villabela Araujo, enyesado: había caído en un tiroteo (Villabela moriría más tarde en la llamada "Operación Fuenteovejuna", como se relatará).

—¿Hizo turnos en la noche también?

—Sí y me asusté mucho. Nos habían dicho que en caso de sonar la alarma toda la Academia se oscurecía y se encendían reflectores. Había unas ametralladoras punto 50 y desde ahí mismo alumbraban los reflectores durante la noche. Una noche sonó la alarma. Teníamos orden de que en ese caso todos los prisioneros debían tenderse con las manos en la nuca, estuviesen como estuviesen, desnudos, heridos..., si el oficial daba la orden estábamos obligados a disparar contra los prisioneros. Yo estaba frente a la habitación donde se encontraba la señora de edad, era la esposa de un diputado comunista. Estaba con sus hijos...

—¿Se trataba de Jorge Montes?

—Sí, él era. Bueno comenzó a sonar la sirena todo quedó a oscuras y se encendieron unas luces. Los detenidos actuaban en forma automática. Esto lo venían viviendo casi a diario y a veces se hacía para probar. Esa noche vi que el oficial de turno tomó una granada,

le sacó el seguro y empezó a pasearse con la granada por el pasillo. Miraba todo, trataba de controlarnos ya que estábamos muy tensos. El decía: "Tranquilos muchachos, si quieren rescatar detenidos, van a cagar porque van a morir todos. Yo tiro la granada en el pasillo". Recuerdo que en esa oportunidad Flores dijo que no nos asustáramos porque eso pasaba todos los días. Así comenzó el procedimiento. Hacía guardias diarias hasta que me sacaron a los grupos de "reacción".

—¿Cuánto tiempo estuvo en la Academia de Guerra?

—No recuerdo exactamente, pero deben haber sido unos seis meses más o menos. Luego nos fuimos a casas de seguridad.

—¿Qué pasaba con los detenidos de la Academia?

—Yo solamente hice guardia. Vi que les pegaban a los detenidos, los castigaban y además continué participando en allanamientos.

—¿En qué consistían los castigos?

—En golpes y aplicación de corriente. En realidad nunca vi morir a nadie, pero nosotros estábamos aislados, no existía confianza para... En un enfrentamiento sí murió el "Cofio Colina" del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). Murió también un oficial de Ejército, murió de mala suerte no más... en ese tiroteo yo participé. Fue la primera vez que....

—¿Qué más recuerda?

YO TORTURE

—Había un hombre cuyo nombre no me acuerdo que intentó suicidarse. Tenía incluso la marca en la garganta. Se había cortado con una botella o un vaso en el baño. La verdad es que yo en ese momento era centinela no más, después me fui metiendo más.

—¿Cómo sucedió?

—Sin querer queriendo. Fueron seleccionando gente y en todas me incluyeron.

—¿Sabía Ud., lo que estaba haciendo?

—Sí. Me daba cuenta.

—¿Pero igual lo hizo, no?

—Tenía que trabajar en alguna cosa.

EXPERIENCIA DE TORTURA

—¿Le había hecho daño a Ud., o a su familia el Gobierno de la Unidad Popular?

—No en nada.

—¿Qué edad tiene?

—28 años.

—Esto quiere decir que tenía 19 años cuando fue destinado a trabajar en casas de seguridad de la DINA...

—No. Nunca estuve en la DINA. Pertenezco a la SIFA, Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea. En ese tiempo nosotros teníamos problemas graves con la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), pensábamos que eran inoperantes. Por lo menos así opinaban nuestros jefes. Nosotros, siendo tan pocos, actuábamos más efectivamente que ellos. Por ejemplo

nuestro grupo logró detener a toda la cúpula del MIR.

—¿Cómo siguió después su itinerario?

—Ya le dije, pasé a los grupos de "reacción". Realizábamos allanamientos, hacíamos guardia frente a las casas, controlábamos al tránsito mientras el resto allanaba, sacaban la gente de la casa, detenían gente...

—¿A qué lugar llevaban a los detenidos?

—Primeramente a la ACA. Pero nosotros en esa época no sabíamos más. No nos preocupábamos de los detenidos, si los soltaban, los juzgaban, no teníamos idea. Sí se, que los torturaban. La primera vez que me tocó presenciar un trabajo de esos fue con una mujer. Me choquéó mucho. Era una niña del MIR, cuyo nombre olvidé.

—Describala

—Era una muchacha muy joven, de buena situación socioeconómica, pelo rubio.

—Por qué le afectó?

—Es que nunca había presenciado algo así. Yo estaba considerado entre los centinelas paleteados digamos, entonces la hicieron pasar al baño y allí le sacaron la cresta y yo los ví. Otra vez me impresionó mucho un hombre que tenía la piel morada, estaba entero morado, morado...

—¿Qué le hicieron a la mujer?

—Le pusieron corriente y ella gritaba. Era polola de un muchacho del MIR, karateca. No recuerdo la chapa (identificación su-

puesta) que usaba. Nos estaban haciendo una prueba para ver quiénes podían quedar definitivamente en el servicio.

—Ud., me habló de dos casas de seguridad que tuvieron...

—Sí, fue antes de irnos a Colina. La primera casa estaba ubicada en el paradero 20 de Gran Avenida. Hoy día funciona allí una sociedad no sé si de diabéticos o antialcohólicos...

PRIMEROS MUERTOS

—¿Cuántos detenidos había allí aproximadamente?

—Se iban rotando, pero llegamos a tener alrededor de 40 detenidos repartidos en tres piezas. Incluso algunos metidos dentro de los closets.

—¿Qué tipo de torturas aplicaban?

—Corriente, los colgábamos de manos y pies.

—¿Murió gente en ese lugar?

—Sí. Uno era el llamado "camarada Díaz". Tenía unos 50 años, medio canoso, bajito, de constitución regular. El otro era un joven que le decían "Yuri". Fue colgado en una ducha y como le habían aplicado corriente anteriormente, tenía mucha sed. Abrió con la boca la llave y tomó agua. Luego llegó el centinela y le cortó el agua, pero él nuevamente la volvió a abrir y nosotros dejamos que el agua corriera. Debe haber sido unas horas con el agua de la ducha corriendo por el cuer-

po. En la noche falleció de una bronconeumonía fulminante.

—El "camarada Díaz", ¿era Víctor Díaz, subsecretario general del Partido Comunista?

—No, no era él. Llegó en una oportunidad un equipo que no sé de dónde provenía, podrían haber sido DINA. No los conocía y empezaron a interrogarlo sobre armamento. Tengo entendido que Díaz sabía dónde estaba el armamento del Partido. El no contestó nada y le pegaron bastante. Eran alrededor de nueve hombres los que conformaban el grupo y entre todos le dieron. Antes ya le habían pegado, bien golpeado.

—¿Habló?

—No, no habló. Lo dejaron después allí y dijeron que iban a volver al día siguiente para seguir interrogándolo. Parece que notaron que estaba muy débil. Falleció esa misma noche.

—¿Qué hicieron con el cuerpo?

—No lo sé. En el grupo que lo sacó estaba Roberto Fuentes Morrison.

—¿Dónde estaba la otra casa de seguridad?

—En el paradero 18 de Vicuña Mackenna. Esa casa parece pertenecía a un hombre de apellido Sotomayor, del MIR. Era una casa grande de madera que tenía un taller mecánico y unos maniquíes. Parece que la esposa de él era modista. Allí se suicidó un hombre alto que andaba con una chaqueta de cuero café claro y pantalones café. Eran dos

"Lo dejamos bajo la ducha varias horas. En la noche murió de una bronconeumonia fulminante".

hermanos comunistas. En ese tiempo trabajábamos solamente al Partido Comunista.

—Cuándo dice nosotros ¿a quién se refiere?

—Al comando unido en que actuábamos junto con gente de Carabineros y la Armada.

—Ud. habló de los hermanos Meibel Navarrete, ¿qué pasó con ellos?

—En ese tiempo trabajábamos en la Base Aérea de Colina. Ahí estaba el menor de los Weibel, Ricardo. (Detenido el 26 de octubre de 1975). Estuvo con nosotros algunos días (hasta el 6 de noviembre). Yo conversaba mucho con él, porque me tocaba hacer guardia si es que no tenía que salir a operativos. Supe que era chofer de micro de la línea Recoleta-Lira. La primera vez que lo detuvieron yo participé, era en la Av. El Salto, cerca del Regimiento Buin. Luego fue dejado en libertad, incluso lo llevó a la casa un equipo que integró el propio comandante Fuentes. Un día, cuando iba entrando a mi servicio, lo vi y le pregunté: "Y, ¿qué te pasó?" "No sé, me contestó, parece que hay algunas cosas que aclarar". Estaba muy nervioso. Me dijo que creía que lo iban a matar. Ricardo se impactó mucho por la operación del helicóptero. Ellos sintieron cuando aterrizó.

—¿Lo llevaron en un helicóptero?

—No, se fueron en un vehículo, junto a Rodríguez Gallardo. Yo después saqué conclusiones

y pienso que lo fueron a buscar por eso, porque lo iban a matar.

—¿Quién lo detuvo en la segunda oportunidad?

—Recuerdo que fue Fuentes Morrison. Yo no fui. Lo fueron a buscar amistosamente. Llegó con una polera solamente. Lo sacaron con varios más y lo mataron a balazos.

—¿Cuántos más iban en esa oportunidad?

—Como ocho o nueve personas.

—¿Qué hacían con los cadáveres?

—Me imagino que los quemaban porque iban con combustible. Llevaban un bidón con diez litros de combustible. Llevaban además chuzos y palas. Me imagino que los quemaron para desfigurarlos y después los deben haber enterrado. También como le dije iba "El Quila" Rodríguez Gallardo, dirigente de la Juventud Comunista (detenido el 28 de agosto de 1975). El "Quila" incluso se despidió de nosotros.

—¿Cómo estaban cuando partieron?

—Estaban enteros. Weibel se quebró un poco, pero no como para llorar. Muy luego se recuperó. Otro de los hombres que salieron era pintor o dibujante.

DE VALIENTE Y TRAIDORES

—¿Quién entregó a Miguel Rodríguez Gallardo?

—El informante Carol Flores, nosotros le decíamos Ricardo. El entregaba a casi toda la gente del

Partido y de la Juventud. Vivía en una casa en la calle Los Tulipanes.

(Carol Fedor Flores Castillo fue detenido el 17 de agosto y llevado a la AGA. En la Academia fue visitado en tres oportunidades por su esposa. Es dejado en libertad y comienzan a visitarlo agentes de la FACH, entre otros Roberto Fuentes Morrison, alias "Wally")

—Pero ¿A Rodríguez Gallardo también?

—Sí. Tengo entendido que habían sido compañeros de estudio. Miguel Rodríguez Gallardo fue un prisionero que llegó a admirar por su valor. Fue respetado incluso por los mismos jefes nuestros, por su inteligencia, por su hombría. Murió por sus convicciones. Pensó que lo que hacía estaba bien. Nunca dijo una palabra a pesar de haber sido torturado muy duro durante casi cuatro meses. Nunca lo pudimos quebrar, en ninguna circunstancia; ni mental ni físicamente. Estuvo en un armario, vendado; para que no se le fuera la mente buscaba dibujos en las tablas, se imaginaba situaciones, estuvo tanto tiempo vendado que llegó a desarrollar el sentido del oído más que nosotros, el olfato.

El cayó detenido poco antes que florecieran los árboles y en "el nido 20" (la casa de seguridad del paradero 20 de Gran Avenida) había árboles y un día dijo: "Yo sé donde estoy, en el paradero 20 de Gran Avenida, la sire-

na que suena y que da la hora yo la conozco". Parece que en su juventud había sido bombero en esa compañía. También reconoció el silbato de una fábrica que había por allí. El escuchaba y sacaba cuentas.

Antes de eso lo tuvimos en un hangar en Cerrillos, en el lado civil del aeropuerto. Allí un día nos dijo que estaba detenido en Cerrillos. Nosotros le preguntamos: "Pero ¿cómo sabes? Puede ser Pudahuel, la Base Aérea El Bosque". No, dijo, escuchó todos los días las indicaciones que da la torre de control y nunca han dado la salida de un avión de combate ni tampoco de pasajeros: tiene que ser Cerrillos. Así nos fuimos haciendo amigos de él. Cuando lo llevamos a Colina estuvo perdido un tiempo. Sabía que era un lugar donde se hacía instrucción, que era un regimiento porque escuchaba los conscriptos en la mañana que trotaban y cantaban.

—¿Cómo murió?

—En los terrenos militares de Peldehue junto a Ricardo Weibel.

—¿Por qué tenía que morir esa gente?

—No lo sé, eso lo dictaminaba el jefe.

—¿Ud. no sintió nada? ¿No se había hecho amigo de él?

—Sí, sentí pena, varios de nosotros, porque cuando él se fue sabía que lo iban a matar. Incluso nos dio la mano, se despidió de nosotros, nos agradeció que le diéramos cigarrillos. Nos conocía

hasta los pasos. El sabía quien estaba de guardia, cuando era yo me llamaba y me decía: "Papudo, dame un cigarrillo"...

—¿Qué pasó con José Weibel, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista?

—Yo participé directamente en su detención. Lo bajamos de una micro, lo seguimos desde su casa. Hacía varios días que era vigilado. (Detenido el 29 de marzo de 1976). Actuaban otros tipos que no eran de la Fuerza Aérea, actuaban como agentes, eran gente de derecha, habían sido de Patria y Libertad. En la micro iba con su señora.

—¿Qué sucedió?

—No recuerdo bien. Hubo un robo. Nosotros buscábamos la posibilidad de bajarlo. Iba una señora que no tenía nada que ver con nosotros ni con la DINA, le robaron y nosotros dijimos que éramos de Investigaciones (policía civil) y lo bajamos culpándolo del robo. Lo condujimos luego a una casa de seguridad que teníamos en Bellavista.

—En qué lugar?

—Cerca de unas canchas de tenis, casi al llegar a la esquina. Creo que ahora construyeron un edificio de departamentos y parece que en el primer piso de la casa reparan lavadoras. Allí vivíamos los solteros del servicio y también teníamos detenidos.

—¿Qué hicieron con él?

6

—Fue interrogado, estaba junto a René Basoa, que también había sido detenido pero mucho antes y era nuestro informante. Lo usábamos para que sacara información a los otros. Había otro informante que le decían el "Fanta", (Miguel Estay). Este cayó junto con René Basoa. El "Fanta" todavía es informante de los servicios de seguridad. Ahora usa el pelo muy cortito y barba.

—¿Está Ud., seguro?

—Totalmente. Hace cuatro días lo vi llegar a una de las oficinas nuestra en Amunátegui N° 54 pero trabajaba indistintamente para varios servicios, incluyendo SICAR (Servicio de Inteligencia de Carabineros).

—¿Qué pasó con José Weibel?

—Bueno, él fue interrogado, de allí salió un equipo y lo mataron en el interior del Cajón del Maipo. Luego lo tiraron al río.

—¿Podría identificar el lugar?

—Creo que sí porque allí se hicieron otras operaciones, la de Bratti Cornejo, por ejemplo.

—Hasta el instante, la narración de Valenzuela ha sido algo monócorde, como la de quien narra experiencias de colegio o andanzas de verano. Sólo trasluce emoción al recordar el valor de un detenido asesinado, probablemente porque dentro de su lógica primitiva prevalece un cierto patologismo heroico de las situaciones.



“Nos fuimos a “La Firma”, como le llamábamos nosotros. Es la casa de la calle Dieciocho, el ex local del diario Clarín”.

“... Sentí la ráfaga. Cuando volví ya estaba muerto. Me dijeron que lo amarrara, le pusiera unas piedras y luego lo arrojara por el acantilado”.

Sin embargo, el episodio que devela a continuación le provoca desasosiego, porque pulsa una cuerda sensible que probablemente es la fuente más profunda de sus deseos inconscientes de huir de un peligro latente.

MUERTE A DESERTORES

—¿Quién era Bratti Cornejo?

—Fue colega mío, soldado primero de la Fuerza Aérea, pero trabajaba en nuestro servicio, claro que llegaba esporádicamente a la Academia de Guerra porque trabajaba en la Base Aérea El Bosque. Lo mataron en el Cajón del Maipo junto al informante comunista Flores (Carol Flores desaparecido el 30 de mayo de 1976).

—¿Los mataron a los dos?

—Sí, porque intentaron cambiarse de servicio e irse a la DINA. En ese tiempo la DINA les ofreció mejor remuneración económica, automóvil, casa. Los jefes se reunieron y decidieron que eso era traición porque la información nuestra la estaban pasando a la DINA y entonces ellos llegaban antes que nosotros a ejecutar una operación. Por ejemplo, incautar automóviles. Una vez se descubrieron unos tanques de combustible que tenía el MIR, no recuerdo el lugar pero quedaba cerca de Las Condes. Sólo nosotros sabíamos de su existencia y llegó la



DINA y los requisó. Hubo sospechas de que alguien estaba pasando información y se supo que eran ellos.

En la institución se les hizo un proceso y el Director de Inteligencia los dio de baja. Dos meses después salió la orden, los empezamos a buscar para matarlos.

—¿Recuerda Ud., detalles de la "operación Bratti"?

—En ese tiempo nosotros estábamos viviendo en la casa de Bellavista. Eramos ocho agentes más o menos. Me pasó a buscar Adolfo Palma Ramírez alrededor de las diez de la noche y me dijo que había una operación. Nos fuimos a la "firma", que le llamábamos nosotros, que es la casa de la calle Dieciocho, el ex-local del diario "Clarín". Allí había otros oficiales de carabineros, de la marina. Estaban todos los jefes del operativo conjunto. Me sorprendió que hubiera pisco en la mesa, una especie de coctail pequeño. Uno de los presentes me dio una pastilla y me dijo que me la tomara. Yo me dio cuenta de inmediato que era droga. La conversación siguió hasta que la botella se terminó. Yo no sabía de que se trataba. A un centinela le dijeron que traiera "el paquete", así le llaman a los detenidos. En ese momento vi que entraron con Bratti, esposado y los ojos vendados.

—¿Desde cuándo conocía a Bratti?

—El ingresó antes que

yo. Lo conocí el año 1974 en la Academia de Guerra, después dejé de verlo un tiempo hasta que apareció nuevamente trabajando con nosotros.

—¿Qué pasó luego? Me refiero a cuando llegó esposado...

—Le hicieron preguntas. Se notaba que estaba muy choqueado. Estaba drogado. Le dieron órdenes luego al centinela para que lo sacara de la especie de living en el que nos encontrábamos y salimos a los vehículos. A mi lado iba un agente de carabineros también. Nos dirigimos al Cajón del Maipo.

—Describeme el lugar en el Cajón del Maipo donde mataron a Bratti

—Hay que pasar San Alfonso, El Melocotón y cuando el camino cruza el río, pasábamos el puente e inmediatamente doblábamos a la izquierda. Nos internábamos por un camino de tierra unos 10 a 15 kilómetros, no recuerdo con exactitud. Allí había unos acantilados.

—¿Estaba vivo Bratti?

—Drogado, creo, pero vivo. Lo pararon al frente de una piedra y él insistió en que le sacaran la venda y le soltaran las esposas. Supuse que lo iban a matar. Palma le preguntó que cómo quería morir, si quería arrancar. Se pretendió hacer un juego, macabro por cierto. Bratti dijo que quería morir sin venda y sin esposas. Estaba muy entero. Palma entonces se dirigió a mí y me ordenó que le retirara las esposas.

Recuerdo que cuando me acerqué a sacarle las esposas él me dijo que hacía mucho viento y agregó: "Esta fría la noche, Papudo". Sí, le contesté, pero yo estaba quebrado a pesar de estar drogado. Tenía miedo. Pensé que los demás que participaban eran todos oficiales, salvo un agente de carabineros y que quizás me iba a ir también con Bratti p'abajo. Ellos estaban como a diez metros. Cumplí la orden, me devolví donde Palma y me mandaron a los vehículos. No recuerdo a qué fue, si a buscar algo, no sé. Cuando iba caminando hacia los vehículos, en una noche muy clara, sentí la ráfaga. Cuando volví al lugar había cordeles y ya estaba muerto. Me dijeron que lo amarrara y le pusiera unas piedras y luego lo arrojara por el acantilado.

—¿Le puso sólo piedras? ¿No incluyeron amarras con alambre?

—No lo recuerdo. El hecho es que después se comentó que debíamos haberle puesto otra cosa porque apareció el cadáver, a los pocos días, en el Canal San Carlos. Palma me dio la mano para que yo me acercara al acantilado y lo soltara en el río.

—¿Ud., lo lanzó al río?

—Sí. Yo lo hice. En ese instante pensé que también me iban a soltar a mí. Me dio mucho miedo, pero lo solté. Después regresamos a los vehículos y volvimos a la "firma" donde tomamos otra botella de pisco y luego me fueron a dejar a la

casa. Lógicamente me pidieron que no hiciera comentarios de lo que había sucedido, pero dentro del servicio se sabía de todas las operaciones que se realizaban.

—¿Qué sintió cuando asesinaron a su compañero de servicio?

—Hasta ese momento pensaba que nos había traicionado. Porque nos dijeron que pasaba la información al MIR y al Partido Comunista. Senti pena, pero en el fondo tenía rabia porque nos dijeron que había entregado una lista con nuestros domicilios, los lugares que frecuentábamos, etc. para que nos mataran. Pensé entonces, que estaba actuando bien por el hecho de que Bratti era un funcionario.

—¿Cómo supo Ud., que esa no era la verdad?

—El año 1979 estuvimos trabajando en Antofagasta, no en subversión. Y Adolfo Palma Ramírez me dejó en una oportunidad en su casa porque viajaba a Chuquicamata. Le cuidé su casa y me dedique a escuchar cassettes. Encontré declaraciones de detenidos, entre ellos las de Bratti. Ahí supe la verdad: se le acusaba de traición por querer pasarse a la DINA.

—¿Hay algún otro caso de un funcionario que haya sido eliminado?

—No, de la FACH es el único que yo conozco.

—¿Y Carol Flores?

—No era funcionario de la FACH. Era informante.

—¿Por qué mataron a Flores?

YO TORTURE

—Porque intentó irse a trabajar a la DINA. Fue en 1976. No recuerdo si era DINA o si ya era CNI.

—¿Hubo otras operaciones en el mismo lugar del Cajón del Maipo?

—Sé de varias, una de ellas la de José Weibel, pero en las otras yo no participé. Carol Flores también fue muerto allí.

PATOLOGIA DEL PODER

La potestad que los verdugos de Pinochet tienen sobre la vida o la muerte de quiénes caen en sus manos, no se remite sólo a determinar el momento en que veleidosamente ponen fin a la existencia de los detenidos. Hay en sus mentes sicóticas un afán de reforzarse en crear nuevos métodos para poner fin a una vida, como queda patentizado en los hechos subsiguientes.

—Ud. me dijo que también supo de una operación en que lanzaron detenidos-desaparecidos desde un helicóptero?

—En ese tiempo estábamos en la Base Aérea de Colina, trabajábamos cuatro servicios: SICAR, Armada, Carabineros, Ejército y nosotros. Supe de una sola operación pero puede que se hayan hecho más. Fue en el año 1975 cuando fue combatiida la Juventud del Partido Comunista.

—Cuénteme todo lo que recuerda de la operación.

—Llegó un helicóptero de la FACH a Colina y

sacaron alrededor de diez o quince personas. Entre esas recuerdo claramente a un ex-regidor de Renca que era cojo, tenía sus años, deben haber sido los mismos que cayeron con él en la redada. (Se trata de Humberto Fuentes Rodríguez detenido-desaparecido desde el 4 de noviembre de 1975 arrestado en una camioneta amarilla con distintivo FACH)

—¿Salieron vivos de la Base?

—Sí, los drogaban, les daban unas pastillas, pero parece que no eran muy efectivas porque se daban cuenta. Uno de los que participó, me contó después que uno de los prisioneros había despertado en el vuelo y le habían asestado un fierrazo. Luego empezaron a lanzarlos al mar frente a San Antonio creo.

—¿Le hacían algo antes de tirarlos?

—Dice que los abrían.

—¿Qué quiere decir con que los abrían?

—El estómago, para que no flotaran. Iban comandos de seguridad del Ejército y creo que con corvo, antes de tirarlos al mar, los abrían. Fue una sola vez que llegó el helicóptero. Recuerdo a otro de los que se llevaron. De unos 45 o 50 años, comunista, peladito, medio moreno: en una oportunidad intentó suicidarse y se quebró un brazo. El también se fue en el helicóptero. (Se trata de Mario Zamorano, miembro de la Comisión Política del Partido Comunis-

ta). Había otro que hacía caricaturas. Los otros no los recuerdo.

—¿Recuerda los nombres de agentes de seguridad que participaron en dicha operación?

—Rolando Fuentes Morrison es uno y Palma. Esos dos eran los jefes. En ese tiempo los que trabajábamos en esto éramos muy pocos militares, la mayoría era de afuera. Me acuerdo del "Luti". Llegaba de repente a la oficina. Todos eran extremistas de derecha que habían participado en atentados, como el asesinato de Araya Peters, (Edecán Naval de Salvador Allende) por ejemplo, asaltos bancarios, etc.: durante el período de la UP. Les conocía las chapas no más, nunca les supe los nombres.

—Eran de buen nivel social. Ellos hacían generalmente todo el trabajo de seguimiento. Los mandaba Palma. Nosotros participábamos en la captura solamente.

—¿Qué otras operaciones se hicieron en Colina?

—Murió otra persona. Era de aspecto similar al "Camarada Díaz" que murió en la casa de seguridad. Lo mataron los del Ejército. Lo interrogaron y lo dejaron allí. Luego lo fuimos a ver y estaba muerto. Los llamamos, entonces se devolvieron y lo echaron en el portamaletas del auto. No sé que pasó después con él.

—¿En qué estado estaba?

—Golpeado, con moretones por todo el cuerpo,

muy rígido. Tengo entendido que le pusieron corriente directa, de 220. Se le ponen dos cables directamente del enchufe, no con la máquina especial con que se tortura. Tiene que haber sido el año 1976 porque ese fue el año en que trabajamos en Colina, totalmente separado de la Base. Al interior de ella había una cárcel recién construida para los funcionarios que tienen que cumplir penas militares.

—¿Funcionaba como centro de torturas?

—Sí. Estaba nueva. Ellos no la usaron. Incluso creo que no la usaron más porque allí funciona ahora otra cosa. Después fue cuando tuvimos problemas con el Ejército.

—¿Qué tipo de problemas?

—Ellos querían mandar todas las operaciones y echaban a correr la antigüedad entre los jefes. Después, el Ejército optó por no operar con nosotros y empezaron a trabajar aparte. Nosotros seguimos trabajando igual con la Marina y Carabineros. Luego nos fuimos a la calle 18, en el ex-edificio de "Clarín", que ahora pertenece a DICAR (Dirección de Carabineros). Allí teníamos a los detenidos. De ese lugar sacamos a los que mataron en la cuesta y ahí también cayó detenido Carlos Contreras Malujo.

La declaración precedente se compagina con numerosos signos recientes de disensiones entre el Ejército y los restan-

"Le pusieron corriente directa, de 220. Se le ponen dos cables directamente del enchufe, sin pasar por la máquina especial con que se tortura".

tes cuerpos armados. Por razones diferentes, pero de antiguo data como queda establecido, los Comandantes en Jefe de la Fuerza Aérea, principalmente, la Marina e incluso Carabineros arrastran un subyacente encono contra Pinochet, que suele hacer gala de la superioridad de sus hombres y de poder de fuego de su arma frente al conjunto de las fuerzas restantes.

ASESINATO BRUTAL

—¿Cómo ocurrió en realidad lo de Carlos Contreras Maluje?

(El 3 de noviembre de 1976, a las 11.30 horas en Nataniel Cox, entre Coquimbo y Aconcagua y poco después de haber sido atropellado por un microbús, fue detenido por personal de seguridad. Desde ese día se encuentra desaparecido).

—Lo entregó un hombre alto, medio moreno, nariz respingada, abultada, ojos café, pelo negro y brillante. El había estado detenido en el edificio del Clarín y entregó a Contreras, porque dio el contacto. No recuerdo el puesto que tenía este hombre, al cual llamábamos "José". En las Juventudes Comunistas era importante. Había otro, el "Macaco" que le decían, bajito, morenito. Nosotros le pusimos "Macaco" porque le encontrábamos cara de mono. Había otro comunista que cayó con el "Macaco", este último era de finanzas y tenía un departamento en el centro. A ese otro le decíamos "Rejoler". Todos esos detenidos se iban el día viernes a sus casas y los pasábamos a buscar el domingo a lugares previamente contactados, la Plaza Ñuñoa, por ejemplo. Cuando ellos nos entregaron a Carlos Contreras Maluje se fijaron de a poco las reglas.

(Los tres comunistas informantes serían presumiblemente: Vargas, Luciano Mallea y Saravis).

—¿Murieron esos hombres?

—De todo ellos el único que murió fue Contreras Maluje.

—¿Qué pasó con Carlos Contreras Maluje?

—Recuerdo todo muy bien porque yo participé. Los detuvimos con un familiar o un amigo de Contreras en San Bernardo. Iábamos con el informante "José", que estaba detenido. En ese momento teníamos prácticamente a toda la directiva de las Juventudes Comunistas. Nos faltaba Contreras. Para entonces ya trabajábamos sólo con la Marina y Carabineros.

—¿Dónde funcionaba el Cuartel General?

—En calle 18. Cuando cayó "José", en el interrogatorio, él dijo que tenía un contacto con Contreras en una casa de San Bernardo. Y nos dijo: "si me sueltan, yo hago el contacto con él y luego nos agarran". Lo soltamos, hicimos todo el operativo y detuvimos a

Contreras Maluje junto a un joven. Nos costó mucho detenerlo porque era más o menos fornido. Cuando bajábamos por Gran Avenida uno de los vehículos atropelló a una persona y seguimos. Llegando al cuartel comenzó el interrogatorio de Contreras. Le preguntábamos por todos los que teníamos detenidos y él respondía que hacía tiempo que nos los veía o decía no conocerlos. Le preguntamos por José y contestó que no lo veía desde hacía mucho tiempo.

—Al vernos empezó a gritar que éramos de la CNI, que lo queríamos matar o de la DINA, no me recuerdo bien ya, que avisáramos a la Farmacia Maluje de Concepción. Gritaba además de cuál era el pecado de ser comunista.

Después empezó a hablar con gestos porque estaba semiinconsciente. Ahí llegaron todos los demás vehículos que estaban participando en el operativo y también un radiopatrullas de carabineros. Ellos no sabían qué hacer, si llevarse detenido al chofer de la micro (Luis Rojas Reyes) y miraban a los tipos que se bajaban de los autos con radio, metralletas, pistolas. Luego uno de los carabineros tomó al chofer y lo llevó a la parte trasera del vehículo para tomarle los datos y después le dijo: "Ya subase y váyase no más". Cuando quisimos subirlo al vehículo, Contreras Maluje gritaba que no, que no quería que se acercaran los de la DINA. Le pidió incluso ayuda a carabineros y decía: "Me han torturado" y mostraba las manos que tenía rotas. No quería subirse pero lo logramos meter en un automóvil Fiat 125 celeste cuya patente estaba a nombre del Director de Inteligencia de la Fuerza Aérea, general Enrique Ruiz B. A todo esto, el general no tenía

Cuando llegamos ya se había juntado mucha gente.

—¿Qué sucedió después?

—Al vernos empezó a gritar que éramos de la CNI, que lo queríamos matar o de la DINA, no me recuerdo bien ya, que avisáramos a la Farmacia Maluje de Concepción. Gritaba además de cuál era el pecado de ser comunista.

Después empezó a hablar con gestos porque estaba semiinconsciente. Ahí llegaron todos los demás vehículos que estaban participando en el operativo y también un radiopatrullas de carabineros. Ellos no sabían qué hacer, si llevarse detenido al chofer de la micro (Luis Rojas Reyes) y miraban a los tipos que se bajaban de los autos con radio, metralletas, pistolas. Luego uno de los carabineros tomó al chofer y lo llevó a la parte trasera del vehículo para tomarle los datos y después le dijo: "Ya subase y váyase no más". Cuando quisimos subirlo al vehículo, Contreras Maluje gritaba que no, que no quería que se acercaran los de la DINA. Le pidió incluso ayuda a carabineros y decía: "Me han torturado" y mostraba las manos que tenía rotas. No quería subirse pero lo logramos meter en un automóvil Fiat 125 celeste cuya patente estaba a nombre del Director de Inteligencia de la Fuerza Aérea, general Enrique Ruiz B. A todo esto, el general no tenía

"Nos reunió uno del CNI, tengo entendido que es oficial de carabineros y nos dijo: "aquí no debe quedar ninguno vivo, todos muertos".

idea. En todas las operaciones el que mandaba era Roberto Fuentes M., incluso ese auto no debió haber participado en el operativo porque andaba con la patente derecha, no era una patente falsa. Por eso los llamaron a declarar por el proceso que hubo.

—¿A qué lugar lo llevaron?

—Al Cuartel de la calle Dieciocho. Fue golpeado. Llegó herido, con la cabeza rota y un brazo fracturado. Lo bajaron como un paquete. Lo tiraron dentro del calabozo a puras patadas. Le dieron fuerte. Dijeron que los había traicionado.

—¿Cuándo lo mataron?

—En la noche. Estuvo todo el día en el calabozo. Le pegaron por pegarle porque ya nadie le preguntaba nada. Un suboficial de carabineros le dio una patada en la cara y le fracturó la nariz. Al otro día cuando llegué supe que lo habían llevado a enterrar al mismo lugar de la cuesta donde yo había ido antes. Un equipo de carabineros salió temprano a hacer el hoyo. Yo estaba ahí y les pregunté dónde iban y respondieron que "al mismo lugar donde fuimos la otra vez".

CEMENTERIO CLANDESTINO

Antes de salir de Chile, el desertor Valenzuela Morales tuvo la sangre fría de llegar hasta el lugar exacto para localizarlo

arlo. Es una suerte de cementerio clandestino donde enterraron a un número indeterminado de detenidos-desaparecidos asesinados.

—¿Dónde está ubicado el lugar donde fue enterrado Carlos Contreras Maluje y otros detenidos-desaparecidos?

—En una cuesta en el camino a Melipilla. Es una bifurcación del camino principal y nosotros doblamos a la derecha. Recuerdo que hay un desvío, avanzábamos por ese camino hasta un puente, pasando el puente empezaba la cuesta. Como en la tercera o cuarta curva había un camino secundario, una huella. Había que internarse por allí unos 100 metros. Allí procedímos a dejar a los detenidos y los fusilábamos en el lugar. Allí mismo eran enterrados.

—¿Sin dinamitarlos?

—No. Sólo se les disparaba con armas con silenciador.

—¿Llegaban vivos allá?

—Sí.

—¿Cuánta gente llevó Ud.?

—Dos personas, pero anteriormente habían ido con otros detenidos al mismo lugar, unas ocho personas más o menos. En la operación en las que yo participé ya había un olor típico de cementerio. Se notaba que antes habían ido a hacer otras operaciones. Esas operaciones se hacían en conjunto.

—¿Estaba Ud. realmen-

te consciente del tipo de trabajo que hacía?

—Sí, hasta ahora.

—Pero.... ¿se da cuenta...?

—Sí.....

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Es una máquina que lo va envolviendo a uno hasta tal punto de desesperación como me ha ocurrido a mí ahora. Sé que en este momento me estoy jugando la vida. Yo sé quizás mi familia no me va a acompañar. Ni siquiera están de acuerdo con lo que he hecho, pero tenía que contarla. Me sentía mal, estaba asqueado. Como le decía, quiero volver a ser civil.

—¿Sabía Ud. que en cualquier momento también lo podían matar?

—Siempre lo pensé.

—¿Hizo algún juramento en la FACH antes de iniciar su trabajo?

—Tengo un documento firmado en la Dirección de Inteligencia de la FACH en el que se dice que todo lo que hago no debo comentarlo y si el día de mañana me echan del trabajo debo seguir llevando una vida normal, pero no debo involucrar a nadie. Incluso dice que el que cae detenido, cae sólo, todas las acciones las hizo sólo, nunca contó con el apoyo de la Institución.

ASESINATO A SANGRE FRIA

Las acciones que se narran a continuación están relacionadas con la captu-

ra de algunos de los presuntos autores de la muerte del general Carol Urzúa, Intendente de Santiago. Una duda flagrante se presenta en este caso y aunque el testigo no da pruebas concretas al respecto por desconocimiento de sus detalles, existen presunciones fundadas de que los servicios de seguridad pudieron haber seguido paso a paso los movimientos de los ejecutores del asesinato, y nada hicieron por detenerlo. Por el contrario, se asegura que lo presenciaron sin intervenir y hasta se habría dado la situación increíble de que la operación terrorista fue filmada en su integridad y es una pieza secreta del sumario que ha substancializado el Fiscal Militar Francisco Baghetti.

Es interesante advertir la impresionante superioridad numérica desplegada para liquidar a los sospechosos y el sofisticado equipo de fuego puesto en acción para una operación tan simple como poco peligrosa.

—¿En qué operaciones participó?

—En Fuenteovejuna y Janequeo. (Se trata de dos calles de Santiago, situadas a gran distancia entre sí donde se refugiaban los terroristas ya detectados).

—¿Cómo fue esa operación?

—Había que tomar a los que mataron al Intendente de Santiago, Carol Urzúa. A nosotros nos llamaron cuando ya la operación estaba armada.

"A uno lo mataron en la plaza. No llevaba armas. Después apareció la foto, en la prensa, con un arma: se la puso la CNI".

Pidieron una colaboración al equipo de contrasubversión de la FACH. El CNI ya había hecho los seguimientos, tenía detectadas las casas, todo. Ahí cayeron presos los que están detenidos actualmente, a uno que le decían "Pitufo" Jorge Daniel Palma. (Hoy está condenado a muerte por la Justicia Militar). El día de la operación estuve todo el tiempo en una camioneta. De repente se nos avisó que si salía el "uno", los teníamos por números de acuerdo a su importancia, se iniciaba la operación. Por radio escuché: "Salió el "uno", síganlo". Hizo contacto con otro y después se separaron y los detuvieron a los dos. A otro lo agarraron aquí al frente de Capuchinos, uno gordo, no recuerdo su nombre.

—Continúe...

—Al que más recuerdo es a Palma que fue sacado de un colectivo o de un taxi. En la tarde nos dirigimos a la casa de Fuenteviejuna, donde había otros más. Nos reunieron antes en un supermercado que hay por ahí cerca. Eramos alrededor de 60 agentes. Llegó un jeep con una ametralladora punto 30. Nos reunió uno del CNI, tengo entendido que es oficial de carabineros y dijo: "Bueno, aquí ningún huevón vivo, todos muertos".

—¿Cuántos sospechosos eran?

—Tres. Nosotros cerca de sesenta. De repente yo

vi entrar al jeep que se estacionó. Justo al frente de la casa hay un pasaje. Dieron la orden por radio que tomáramos todas nuestras posiciones y luego el mismo oficial preguntó si estaba lista la base de fuego. Yo no tenía idea de qué se trataba: Era el jeep que estaba preparado, el jeep que tenía el CNI con una ametralladora que sale con un mecanismo hidráulico. Salió la ametralladora y empezó a disparar a la casa, alrededor de un minuto. Después por un altavoz se les comunicó a rendirse diciéndoles que estaban rodeados por fuerzas de seguridad. Uno salió con las manos en alto y cuando venía saliendo lo rafaguearon. Desde adentro respondió el fuego una mujer. Inmediatamente la casa comenzó a incendiarse por los efectos de una bengala.

—¿La bengala fue lanzada por Uds.?

—Sí, por uno de los agentes que estaban apostados en el interior y al parecer cayó en algunos documentos, papeles, y se dio inicio al incendio de la casa.

(Nota: Este es un detalle sobre el que Valenzuela se negó a profundizar, pero al parecer hubo algunos infiltrados en el grupo. Los tres muertos corresponden a la versión oficial).

—¿La bengala tenía por objeto incendiar la casa?

—No. Iluminarla para ver si habían más perso-

nas adentro. Sabíamos que habían dos muertos pero como eran tres personas, aún no teníamos conocimiento que Villalba había muerto. Por la posición en que fueron encontrados posteriormente supimos que murió con las primeras ráfagas de ametralladora sorpresivas.

—¿Cuál fue su papel en la operación?

—Disparar en caso de que alguien saliera de la casa. En realidad no fue necesario. Era una cosa de locos, toda la gente disparaba. Yo le disparé a un foco que había frente a la casa para oscurecer más el sector. Después me preocupé de sacar a la gente de las casas de los lados, a los vecinos.

—¿Qué pasó después?

—Llegó Investigaciones y tomó en sus manos el caso, el asunto digamos legal. Luego nos fuimos a Janequeo, en Quinta Normal, y como algunos de nuestros agentes se encontraban sin balas, por haber utilizado todo el stock, pasamos a buscar a nuestra oficina. Cuando llegamos a Janequeo ya estaban disparando. El mismo jeep estaba haciendo su trabajo.

—¿Cuántos eran los sospechosos?

—Dos personas y deben haber habido unos cuarenta agentes, entre gente de la CNI y de la Fuerza Aérea. Sé que a uno de los extremistas lo mataron pasado una plaza que hay por ahí cerca. No llevaba armas.

Después apareció en la prensa con un arma, pero se la puso la CNI. "José", un argentino, murió en el patio de la casa.

—¿Qué pasó con los cadáveres? ¿También se hizo cargo Investigaciones?

—Después que nosotros terminamos nuestra parte de la operación nos volvimos a nuestra oficina y la CNI siguió trabajando sola.

¿TERRORISMO CONTROLADO?

La información que seguidamente proporciona Valenzuela es de vital importancia para apoyar una tesis de impredecibles proyecciones que discuten los entendidos.

Todas las medidas adoptadas por el gobierno para combatir el terrorismo de izquierda —estados de emergencia, artículos transitorios de la Constitución del 80, represiones masivas, Estado de Sitio— tienen como objetivo hacer frente a un poderoso aparato militar de supuestos grupos de combates insurgentes. Pero hay sobradas razones para suponer que el poderoso contingente de inteligencia gubernamental tiene un control casi absoluto sobre los grupos de guerrilleros urbanos.

—¿Sabe Ud. de dónde provino la información sobre este grupo mirista?

—No, no lo sé. Si sé que el MIR y el Partido Comunista están infiltrados por la CNI.

'YO TORTURE'

— ¿En este momento?

— Sí.

— ¿Cómo lo prueba?

— Me lo dijo un agente de la CNI. Hacen operaciones, matan personas cuando quieren. Ellos saben dónde está fulano, zutano, perengano. Incluso la gente que se asiló en la Nunciatura estaba vigilada. (Se refiere a cuatro presuntos terroristas que por largo tiempo se refugiaron en la Nunciatura Apostólica y que, provocó conflictos con la Santa Sede Vaticana).

— ¿Por qué quiso hablar conmigo?

— Porque quería desahogarme. Compré la revista y me puse a leer. No tenía idea sobre la muerte del cuñado de Delmas (asesinato del jefe de la CNI de Osorno). Vi quien era el periodista que había escrito esa crónica y la escogí. Pero a esto le vengo dando vueltas hace varios meses. Hoy día me decidí.

— ¿Qué otros trabajos de este tipo ha desarrollado?

— Después de 1980 en adelante la Fuerza Aérea se retiró de la acción antisubversiva. Sólo actuamos esporádicamente porque Roberto Fuentes, el comandante tiene contactos y es muy amigo con la gente del CNI.

— ¿Qué contactos tiene Ud. con la CNI?

— Todos los servicios tienen un contacto que se llama el "canal técnico". Para traspasar informaciones hay contactos personales.

— ¿No ha habido nin-

gún otro operativo en el que le haya tocado participar?

— Sí, un operativo para el que nos solicitó carabineros. Nosotros, el equipo que yo conformo, estamos bien considerados dentro del trabajo de la contrasubversión. Nos tienen por buenos. Fuimos llamados para hacer unos allanamientos en Pudahuel (operación llevada a cabo en junio de 1984).

— ¿Qué indicaciones les entregaron?

— Tienen que ir a esta casa y estos son los dos sujetos que buscamos. Creo que estaban involucrados en la muerte de un carabinero. El pasaje creo que se llamaba "Apolo".

— ¿Descubrió algo?

— Armas no. Sólo documentación, propaganda, nada de importancia.

— Pero la televisión mostró armas...

— Esa vez se hizo un allanamiento en el que participaron alrededor de 200 carabineros. Se allanó creo la mitad de la comuna de Pudahuel. Si en otro lado aparecieron armas a mí no me consta. Todo se llevó a la Comisaría de Santo Domingo, estaba en el suelo todo el material incautado, pero armas no había en ningún lado.

— Cuando llegamos a la Comisaría de Santo Domingo, pasado Matucana, había más de cien detenidos de Pudahuel y algunos de Renca. Estaban todos en el patio de la Comisaría, puestos contra la muralla, vendados con capuchas. Luego ingresó un vehículo con los vidrios polarizados, sacaban uno a uno a los prisioneros y los ponían al frente del auto con las luces altas. Les sacaban la capucha y al interior del auto había uno que indicaba quiénes eran y quiénes no eran. Al parecer era un hombre que había caído detenido tres días antes.

— ¿Su señora ¿sabía qué clase de trabajo realiza?

— Sabe que trabajo en seguridad pero no los trabajos específicos que yo realizo.

— ¿Cuándo se casó?

— Hace seis o siete años. Conviví con ella y me casé legalmente después.

— ¿Cuándo la conoció?

— En 1975, creo. Llegué a su casa con uniforme, como aviador. Y de repente me dejé el pelo largo, me pasaban a buscar en auto, bajaban tipos con ametralladoras. Se dio cuenta que tenía que ver con seguridad.

— ¿Nunca le preguntó nada?

— Sí, pero yo le decía que eran trabajos institucionales, nada que ver con la DINA o la CNI.

— ¿Ella se preocupaba?

— Sí, mucho. Mi señora después se empezó a dar cuenta y tuvo la certeza con la operación de Fuenteovejuna. Llegué con mi pantalón con sangre y ella había escuchado las noticias. Me preguntó si había estado en el lugar y tuve que decirle que sí. Como ella es

muy reservada no dijo nada, pero sé que se tiene que haberse preocupado mucho.

PROBLEMAS SIQUIATRICOS

— ¿Ha estado enfermo de los nervios alguna vez?

— Sí, estuve en tratamiento, hay varios casos, muchos hospitalizados.

— ¿Dónde los hospitalizan?

— En la Clínica Nuñoa. Hay un convenio con esa clínica. A mí me atendió un siquiatra.

— ¿Le preguntaba sobre estas mismas cosas?

— No, porque el médico es del servicio. Yo pedí asistencia médica porque estaba muy tenso, nervioso. Conversé con un sicólogo y éste me mandó a hacerme un electro encéfalograma. Después me citó varias veces a conversar con él, armé cubos, etc. Luego determinaron que los síntomas derivaban de mis problemas económicos.

— ¿Fue en profundidad el tratamiento?

— No. Fue muy superficial.

— ¿Después cómo se sintió?

— Los problemas continúan pero me siento bien. Lo que quiero decir es que los problemas que tengo son conmigo mismo. O sea lo que estoy haciendo ahora.

— ¿Pero, por qué no le contaba esto al siquiatra?

— No se lo podía decir. ¿Cómo le voy a decir que estoy aburrido de esto? que me quiero ir, que no quiero trabajar más acá,



que estoy asqueado de este trabajo. Imagíñese, el psiquiatra del servicio... me iba a durar poquito la vida.

—¿Cómo se llamaba el psiquiatra?

—Hay tres médicos. El que me atendió no sé si es psiquiatra o psicólogo. Es muy importante, está considerado entre los mejores de Chile, incluso ha participado en foros en televisión.

—¿Le hacía preguntas relacionadas con su trabajo?

—No, con mi familia nada más. Del trabajo no porque sabe todo. Nos conoce bien a todos, participa poco, su nombre no lo recuerdo pero tiene cara de loco, es más bajo que yo, usa los pantalones cortos, camina medio raro, usa anteojos ópticos, pelo liso, semicanoso.

—Si un compañero suyo desaparece ¿Pueden preguntar a sus jefes por él?

—Se pregunta, siempre que existe lo que se llama una cobertura; o sea que fue trasladado, que fue dado de baja o en último término fue sorprendido en una cosa u otra y está detenido. Ahí nadie lo puede visitar porque el que lo visita se va de baja. Le echan a perder la imagen, como se dice.

—¿Qué misión estaba cumpliendo Ud. en este momento?

—Hacía un curso de cuatro meses de inteligencia, de seguridad territorial, pero de eso no voy a

hablar ni una sola palabra.

—¿Qué piensa Ud. del general Pinochet?

—No me gusta. Creo que es el pensamiento de la Fuerza Aérea. No nos gusta porque es un dictador. Se rompieron las relaciones digamos cuando salió el general Leigh. Dentro de los generales hay una cierta división frente al general Pinochet...

—¿Y a Ud. por qué no le gusta?

—Pienso que las ideas se deben combatir con ideas. Esto lo vengo pensando desde hace mucho tiempo. Si alguien me dice a mí que es comunista y... bueno, yo no lo puedo matar, tengo que demostrarle que está equivocado. Es que un país no se puede...

—¿Está convencido de lo que está diciendo?

—Totalmente.

—¿Sus compañeros opinan lo mismo?

—No se pronuncian abiertamente. Hay miedo a las represalias. Uno no puede opinar libremente. Nadie le va a preguntar a uno o a un jefe ¿qué le parece el general Pinochet? Eso no se hace.

SALIDA DE LEIGH

—¿Conoció Ud. al general Leigh?

—El día que dejó de ser miembro de la Junta de Gobierno. Trabajábamos en una casa de seguridad pero no en contra de la subversión. De repente llegó un oficial nuestro y eligió gente. A

mí me eligieron, creo, por la experiencia para que prestáramos protección a la escolta del general. Nos fuimos al Ministerio de Defensa en un Fiat 125 y no nos querían dejar pasar. Le tiramos el auto encima a un centinela del Ejército que tenía cortado el camino al Ministerio de Defensa. El conscripto no hizo nada, no se atrevió. Luego esperamos que saliera el general. Había muchos periodistas en el sector, gente que aplaudía y en eso llegó un auto Chevy Nova. Se bajó un oficial de Ejército y conversó con nuestro oficial y le dijo que la seguridad del general Leigh estaba en manos de ellos. Nuestro oficial le dijo que no, que lo escoltaríamos hasta su casa y que las únicas órdenes que esperábamos eran del general Leigh, que seguía siendo nuestro Comandante en Jefe. Pero ya había jurado el general Matthei.

Recuerdo que uno de los guardaespaldas del general Leigh le pegó un puñetazo a un comando del Ejército que no lo quería dejar pasar hacia una oficina. De todas maneras no nos dejaron entrar al Ministerio. Se armó una discusión entre los dos oficiales y el nuestro dijo: "Ustedes se bajan y en caso de que este Chevy Nova se mueva, lo repelen". No se atrevieron.

—¿Qué pasó después?

—Luego nos fuimos escoltando hasta el edificio Diego Portales. Nosotros

nos bajamos corriendo con nuestras armas en la mano y me pareció que el general Leigh se asombró mucho. Cuando bajan hay un centinela que dice: "Baja el uno", ese es el general Pinochet, "baja el dos" y así sucesivamente. Cuando salió el general dijo: "baja el..." y no supo qué decir.

Lo acompañamos hasta su casa. Allá nos formó a todos y se despidió de cada uno de nosotros y nos dijo que teníamos que seguir prestándole apoyo al nuevo Comandante en Jefe. Cuando le dijeron que alguien quería hablar con él, respondió que no quería a nadie de la Junta, ni Ministerio, ni nadie. Se juntó mucha gente fuera de la casa. Nosotros seguimos vigilando el lugar y echamos a los CNI, estaba lleno de autos de la CNI. Para evitar problemas se fueron.

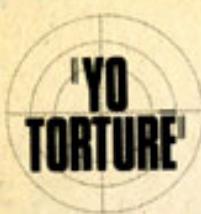
—¿No pensó nunca que todas las cosas y trabajos, como Ud. les llama, iban a salir un día a la luz?

—Sí, lo pensé.

FUERTES DISENSIONES

La "monolítica unidad de las FF.AA." que reitera el general Pinochet suele tener resquebrajamientos que llegan a situaciones límites, como se podrá deducir de las declaraciones subsiguientes.

Valenzuela cuenta de dos "alertas rojas" producidas durante el año en el



“Cuando se supo lo de la mujer dinamitada, el general Matthei ordenó que la gente de la FACH se retirara toda del CNI”.

Comando en Jefe de la Fuerza Aérea de El Bosque y se ha rumoreado insistentemente que hubo una tercera, producida poco después del Estado de Sitio, que representó un acorralamiento por fuerzas del Ejército a la Base El Bosque, producidas durante las horas de toque de queda.

Significativo resulta que este presunto amedrentamiento armado se haya producido el día previo al primer operativo contra la población Silva Henríquez, encabezada por la Fuerza Aérea. ¿Qué fue todo esto: una conminación para que la FACH participara directamente en la represión?

—**Hay gente de la FACH en la CNI en estos momentos?**

—No. Los retiró el general Matthei después del caso de la mujer dinamitada.

—**¿Causó mucha conmoción en la FACH?**

—Sí, pero no por problemas sentimentales. Encuentramos que era un trabajo mal hecho. Una estupidez. Por eso mismo causó revuelo porque había mucha gente nuestra trabajando en la CNI.

—**¿Pero no habían retirado el año 1976 su gente de la CNI?**

—Sí, pero como una semana antes del caso de la dinamitada se envió nuevamente gente en comisión, por un año. Cuando se supo lo de la mujer dinamitada, al día siguiente, llegó una orden del general Matthei pidiendo que todo el grupo

regresara. La orden llegó a las ocho de la mañana a la CNI, a las diez se retiró toda la gente. El que no quería regresar se le dio de baja en la Fuerza Aérea y la CNI se hacía cargo de ellos, pero no como funcionarios FACH.

—**¿No provocó problemas eso?**

—Problemas con el Presidente, sí. Cuando se pidió nuestra gente para la CNI fue por una orden de él. En realidad pidieron de todas las instituciones. La única rama que retiró su gente fue la FACH, los otros siguieron trabajando. Nosotros pensamos que iba a haber un quiebre porque el general Matthei pasó a llevar una orden del Presidente.

—**En qué forma?**

—Cuando se solicitó gente nuestra para la CNI, la FACH se opuso, pero luego salió una orden directa del Presidente de la República exigiendo que Matthei enviara gente. Con el problema de la dinamitada... se pensó que habría un quiebre. El mismo Alvaro Valenzuela, jefe de operaciones de la CNI, que quedó a cargo de nuestra gente, primero estaba muy prepotente y después tuvo que aceptar que ellos regresaran a la unidad de la FACH. Por eso mismo, después, la Fuerza Aérea solicitó a todo el personal de seguridad que entregáramos toda la numeración de nuestro armamento. Para tener absoluto control y que nuestras armas no aparezcan mezcladas en un hecho delictual, o al-

go raro que no tenga relación con la Institución. Eso pasó como dos meses más o menos. Por esos días estuvimos en “Alerta Roja” en la Base de El Bosque.

—**¿Hubo otro momento de quiebre institucional que Ud. recuerde?**

—Sí, debe haber sido en febrero o en marzo de 1984, marzo es más seguro. Parece que hubo un quiebre al interior de la Junta porque nosotros tuvimos que vigilar durante una noche el movimiento de los regimientos. Fue una sola noche, al otro día se levantó la alerta.

—**En qué lugar vigiló Ud.?**

—Tuve que controlar con mis compañeros en el área de Independencia, el Regimiento Buin. Ver si había movimiento de camiones, cualquier cosa extraña. También debíamos estar alerta en mi unidad por si había movimientos desde Peldehue y El Salto.

—**¿Ocuparon todo Santiago, imagino?**

—Por supuesto, se comenzó después que se estaba esperando que Pinochet firmara un decreto que afectaba a la Fuerza Aérea y entonces nosotros íbamos a estar en contra de esa iniciativa. Quisimos evitar sorpresas como sucedió con el caso del general Leigh y por eso controlábamos por si había movimientos para destituir al general Matthei.

—**Volvamos a lo personal, el adiestramiento que**

Uds. tienen ¿no los lleva a pensar que el tipo de trabajo que están haciendo es absolutamente normal?

—Pienso que sí. Uno actúa, no piensa, sólo actúa. Queremos ser eficientes y por eso mientras menos huellas quedan, mejor está hecho el trabajo que uno realiza.

—**Para las protestas ¿no jugaban un papel?**

—Never hemos participado. Hacemos un día común y corriente. La orden la impartió el general Matthei, él está muy preocupado de la imagen de la Institución, quiere que la FACH desarrolle solamente su labor profesional y no se meta en nada más.

—**En qué consiste su trabajo institucional?**

—Básicamente en la defensa territorial, pero eso fueron creadas las Fuerzas Armadas.

—**¿Ha matado a sangre fría alguna vez?**

—No.

SINDROME DE SOLEDAD

—Pero Ud. lleva diez años como agente de seguridad, ¿no cree que de todas las balas que ha disparado....?

—Es muy probable, porque he participado en diversos tiroteos. Es muy probable.

—**¿Ha torturado?**

—Sí.

—**En qué consistían estas torturas?**

—Aplicación de corriente, golpes...

— ¿Cómo se comporta Ud. como padre?

— Soy un mal padre.

— ¿Por qué, golpea a sus hijos?

— No, raramente juego con ellos.

— ¿A qué lo atribuye?

— No lo sé. Creo que todo este tiempo he empezado a mirar la vida de otra manera. Me he dado cuenta de la situación por la que he pasado. No quiero que mis hijos me quieran. Sé que cualquier día me van a matar y no quiero que sufran. Por eso soy así en mi casa. Incluso mis hijos quieren más a los tíos, cuando éstos llegan, mis hijos corren, los abrazan, los saludan... cuando llego yo, a veces corren y yo no les hago mucho caso. Los quiero, pero no en el sentido que debería ser...

— Pero Ud. ¿ha querido alguna vez a alguien? ¿Ha sentido cariño por alguna persona?

— Sí, claro que sí, pero tengo una forma muy particular de querer a las personas. No sé como explicarlo... prefiero que a mí no me quieran. Con mi familia soy muy distante. No visito nunca a mis padres.

— ¿Siempre fue así?

— No. Cuando era muchacho me iba bien en los estudios. Era cariñoso, regalón de mis padres, a pesar de que soy el hermano del medio, somos tres hermanos. Era muy sentimental, después todos esos valores los fui perdiendo.

— ¿Y no se daba cuenta?

— Claro que sí y eso me producía conflictos.

— ¿Cómo los soluciona-ba?

— No los solucioné nunca en realidad. Los dejaba pasar.

— ¿Tiene resentimiento contra la Institución?

— Contra ella claro que no. Contra los que me transformaron sí. Con los jefes que me llevaron a hacer lo que hice. Contra la Institución no, tampoco contra las Fuerzas Armadas.

— ¿Tiene miedo por su vida? ¿Ha pensado qué le va a pasar en el futuro?

— Ahora sí tengo miedo.

— ¿Qué medidas ha pensado tomar para el futuro?

— No sé... prefiero que el tiempo diga... no sé qué va a pasar conmigo.

— ¿Sabe alguien que viene a hablar conmigo?

— Nadie, absolutamente nadie.

— ¿Ud. se acaba de graduar?

— Claro, tengo aprobado el curso. Me espera una nueva designación. Tengo que graduarme mañana.

— ¿Y lo va a hacer?

— No. No voy a estar.

— Va a ser una sorpresa para todo el mundo...

— Sí, para todos. Sé que va a ser un remecimiento fuerte dentro de la Fuerza Aérea con repercusiones en muchos lugares, en la CNI...

— Pero usted ¿en ningún momento se pudo oponer a ejecutar su trabajo?

— Tenía 18 años y que-

ría saber. Nunca había estado con prisioneros y quise ir a ver. Le puedo decir que dentro de los servicios hay gente joven que llegó como yo y que se metió tanto en la violencia que creo que ahora no pueden vivir sin violencia.

— ¿Y qué pasaría si quedan sin trabajo?

— Por eso, hay muchos casos de delincuencia. Carabineros que han sido sorprendidos asaltando servicentros. No sé, creo que después de esto cuesta entrar en el mundo de la Ley.

— ¿Pensaba Ud. que estaba por sobre la Ley?

— Siempre pensé que estaba por sobre la Ley o bajo ella.

— ¿Se sentía muy poderoso?

— Yo no. Pero a veces, sí, tiene razón, poderoso, no yo como persona, el sistema lo encontraba poderoso.

— ¿Eso lo llevaba a ser prepotente en su casa?

— No. Nunca he sido prepotente ni peleador. En ese aspecto hasta he sido cobarde para pelear con otra persona de igual a igual. No me dominó la violencia hasta ese extremo.

— ¿A otros compañeros tuyos sí?

— Ya le dije que no quiero dar los nombres de mis compañeros. Un día venía con un colega, en auto, habían atropellado una persona, estaba debajo de la micro hecha pedazos. Nosotros veníamos comiendo un sandwich y el pasó en el auto

**YO
TORTURÉ**

muy despacito. Noté que gozó con el espectáculo. Yo miré y volví la cara. Había visto muchos muertos, pero me impactó esa escena, no tanto el muerto, sino mi colega. El siguió comiendo y era muy sano. Y eso es lo que creo que me han llevado a hacer lo que estoy haciendo con Ud. Me he dado cuenta del cambio que hemos tenido desde que éramos conscriptos, inocentes algunos, otros tontos, sin mundo...

—¿Qué hace en sus horas libres?

—No me gusta llegar a mi casa. Leo mucho. Me gusta leer. Antes me gustaba mucho jugar fútbol después dejé de ir a la cancha.

—¿Qué le habría gustado hacer en la vida?

—No lo sé. No le he pensado nunca.

—¿No recuerda lo que quería ser cuando era un adolescente?

—Aunque le parezca irónico: policía, detective, carabinero también...

—¿Qué le gustaría que fueran sus hijos en el futuro?

—Doctor, cualesquiera de los tres.

—¿Cuando veía Ud. a un médico que era del servicio y que participaba de esos trabajos, ¿qué sentía?

—Vi un médico poniendo pentotal, eso me impresionó.

—¿Dónde lo vio?

—En Colina. No sé que médico era. No recuerdo. Se la puso al "Quila" (Miguel Rodríguez Gallardo)... fue hipnotizado también... no hubo caso. Por eso le digo que es una de las personas que nosotros considerábamos enemigas que yo admiré, por su temple, su valentía, sus convicciones. A veces nos quebrábamos nosotros al lado de él cuando veíamos cómo le daban. El siempre estuvo entero...

Yo diría que al principio, cuando uno empieza, primero llora, escondido, que nadie se de cuenta. Después siente pena, se le hace un nudo en la garganta pero ya soporta el llanto. Y después, sin querer queriendo, ya se empieza a acostumbrar. Definitivamente ya no siente nada de lo que se está haciendo...

